

## Delimitando el oficio de filósofo

A propósito de Louis Pinto, *La vocation et le métier de philosophe. Pour une sociologie de la philosophie dans la France contemporaine*, París, Seuil, 2007, 307 páginas.

JOSÉ LUIS MORENO PESTAÑA\*

Este libro propone aportaciones extraordinarias. Por un lado, en lo que se refiere al modo de analizar su objeto. La reconstrucción de la historia reciente y del estado actual de la filosofía contemporánea en Francia es original y compite, por la cantidad y calidad de la información que convoca, con otras presentaciones de la filosofía francesa actual. Por otro lado, por los útiles que proporciona para otras investigaciones posibles, más allá del espacio filosófico francés.

Pinto propone un ejercicio de la sociología de la filosofía fundado en cinco pautas de análisis. En primer lugar, comprender cómo una obra desprende signos de los conflictos intelectuales en los que se integra –i.e. su posición en el campo–. En segundo lugar, encontrar un principio de inteligibilidad que dé cuenta de las plurales opciones intelectuales de un filósofo o de los filósofos de una época. En tercer lugar, analizar si y cómo los conflictos extrafilosóficos se retraducen en problemas filosóficos. En cuarto lugar, Pinto asume la idea de que los distintos espacios sociales contienen formas de organización homólogas: los sujetos se orientan, según su diagrama corporal, de modo similar en el espacio social y en el intelectual, aunque en cada caso sus elecciones se hagan según las normas imperantes en cada territorio. En quinto lugar, se trata de ver en qué, cómo y cuánto las tomas de posición de los filósofos son o no exclusivamente filosóficas o responden, consciente o inconscientemente, a dilemas de los individuos que apuntan más allá de los universos intelectuales.

Cabe preguntarse en qué, este tipo de análisis, puede resultar agresivo para la filosofía y si, como programa de estudio de la producción filosófica, no merece otra predicación que la de ser un programa de análisis serio. Lo cual supone asumir que hay formas de análisis de los discursos que no merecen llamarse análisis: son celebraciones de los autores, combinaciones descontextualizadas de referencias y de problemas, paráfrasis más o menos logradas de los textos, etc. En suma, declinaciones, más o menos logradas, de lo que José Ortega y Gasset, en su importante obra póstuma *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la*

---

Fecha de recepción: 26 enero 2009. Fecha de aceptación: 18 febrero 2009.

\* Dirección: Departamento de Historia, Geografía y Filosofía. Avda. Gómez Ulla s/n. 11003 Cádiz. E-mail: joseluis.moreno@uca.es. José Luis Moreno es Profesor de Filosofía en la Universidad de Cádiz. Proyecto de I+D«Intelectuales y calidad democrática en la España contemporánea. Un estudio sobre el campo filosófico» (HUM 2006-04051/FISO).

*teoría deductiva*<sup>1</sup>, llamaba escolasticismo: recepción de ideas y de autores sin comprender el espacio social e intelectual en el que estos pensaban, sin interrogarse por cómo se les presentaron los problemas y con qué instrumentos intentaron resolverlos. Se puede ser, por tanto, escolástico de cualquiera: de Francisco Suárez o de Bourdieu, de Tomás de Aquino o de de Félix Guattari, de Aristóteles o de Wittgenstein. Buena parte del rechazo que despiertan análisis como los contenidos en este libro procede de que estos muestran, hasta qué punto, se construye la historia de la filosofía desde parámetros analíticos completamente escolásticos. Y eso que este programa, con distintos matices, puede encontrarse propuesto —otra cosa es que se realice coherentemente— por muchos filósofos: podía mostrarse, pero eso desbordaría el objetivo de esta nota, que Spinoza y Heidegger, Merleau-Ponty y el nombrado Ortega, por no hablar de la tradición marxista, enunciaron principios de análisis de la filosofía similares a los ejercitados por Louis Pinto.

Los análisis sociológicos de la filosofía, por lo demás, y con sesgos diferentes, estructuran una rica producción de sociología de la filosofía contemporánea. Por un lado, la obra mayor de Randall Collins, propone un ambicioso y sugerente programa comparativo de la producción filosófica mundial que ha generado una enorme discusión. Por otro lado, los trabajos de Martin Kusch sobre los procesos de demarcación del conocimiento filosófico y de estructuración de sus oposiciones que tiene muchos puntos en común con la perspectiva de Louis Pinto quien ha discutido comprensivamente los trabajos de Kusch<sup>2</sup> aunque los de Collins (y los debates que han generado) prefiere olvidarlos, como casi todos los sociólogos franceses. Lo cual puede tener un cierto coste, ya que los trabajos del sociólogo norteamericano, discutibles en muchos puntos, son especialmente ricos para precisar los procesos de división permanente entre lo sagrado y lo profano que, como Louis Pinto señala, constituyen una condición básica de la identidad de la filosofía<sup>3</sup>.

En fin, que la propuesta que este libro encarna sólo se opone a una visión escolástica de la filosofía, se muestra también claramente en la defensa que Louis Pinto, filósofo de formación (su competencia como tal aparece clara en múltiples lugares de este libro), hace de la importancia de la filosofía para las ciencias sociales. En primer lugar, porque sin los efectos discursivos de la filosofía no se entienden múltiples realidades de nuestro mundo (desde el Estado a la psiquiatría). En segundo lugar, cualquier actividad de conocimiento supone una teoría de la acción, una epistemología y una ontología: la filosofía ayuda a hacerlas explícitas y, con ello, a revisarlas. En tercer lugar, la filosofía ayuda a reflexionar sobre qué se hace al producir ciertas afirmaciones sobre el mundo a partir de una determinada organización de las pruebas aunque para ello, y es la cuarta razón, haya que renunciar a la utilización ornamental de la filosofía y buscar en ésta aquello que puede ayudar a los objetivos específicos de las ciencias sociales. Como explicó convincentemente Randall Collins<sup>4</sup>,

---

1 *Obras completas*, Tomo VIII, Madrid, Alianza/Revista de Occidente, pp. 218-220.

2 L. Pinto, «Los filósofos y el mundo social», J. L. Moreno y F. Vázquez (eds.), *Pierre Bourdieu y la filosofía*, Barcelona, Montesinos, 2007.

3 Véase J. L. Moreno Pestaña «Randall Collins y la dimensión ritual de la filosofía», *Revista Española de Sociología*, nº 8, 2007, pp. 115-137.

4 *The Sociology of Philosophies. A Global Theory of Intellectual Change*, Cambridge, Massachusetts, y Londres, Harvard University Press, 2005, pp. 523-569.

en una línea que refuerza las argumentaciones de Louis Pinto, y basándose en una vasta revisión de casos, las ciencias sociales, o las ciencias en general, no destruyen la filosofía (que desaparecería, cual discurso mítico, con el advenimiento de los discursos racionales) sino que, por una parte, estimulan nuevos lugares desde los que ejercer la actividad filosófica de reflexividad (susceptible de desarrollarse desde cualquier ámbito de la práctica humana) y, por otra parte, las ciencias en general y las sociales en particular, reciben buena parte de la energía necesaria para el trabajo científico de alto nivel de problemas filosóficos (algo meridianamente claro si se explora la trayectoria de muchos sociólogos, desde Otto Neurath a Jean-Claude Passeron).

Además de la calidad de su proyecto, este libro demuestra, con creces, el rendimiento empírico de dicho programa de investigación al ofrecer un retrato importantísimo y matizado de qué ha significado ser filósofo en la Francia contemporánea. La vocación filosófica tiene sus fuentes en demandas generales de sentido que Louis Pinto, a partir de un análisis estadístico, relaciona con configuraciones familiares marcadas por la religión y la política. Esa primera capa vocacional de la filosofía debe estructurarse con las incitaciones y relegaciones que provoca el ejercicio académico de la filosofía en la educación secundaria: la disertación. A partir de un análisis, lleno de matices, de las claves para el éxito y el fracaso, el autor retiene, entre otras, dos claves del discurso filosófico logrado: uno, la coexistencia de significaciones, lo que supone que se es más filósofo cuanto más capaz se es de generar sentidos múltiples entre los receptores. La filosofía actúa, según un término afortunado de David Bloor «superponiendo juegos de lenguaje», tanto en la producción de su mensaje como en la capacidad de hacer sentir esa superposición entre sus receptores. Dos, que en filosofía importa más el cómo se dice que lo que se dice, la relación con la cultura que se muestra al escribir que aquello que específicamente se es capaz de sostener. Aquellos que se afanan en ser concretos en sus argumentaciones o producen discursos sin capacidad de evocación tienen muchas posibilidades de fracasar como filósofos por reduccionistas (de la filosofía a sus dos tentaciones más peligrosas: el conocimiento científico o el saber común) o carentes de brillo o de gusto. Con esas dos aptitudes, un sujeto puede atraer los refuerzos positivos de sus enseñantes e incrementar sus disposiciones teoréticas. El primer escalón de la carrera filosófica se encuentra así salvado.

El siguiente, la inserción en el mundo de la filosofía, exigiría elegir entre múltiples posibilidades. Una vez dominada, según un cierto nivel, la condición mínima de entrada (la historia de la filosofía), se necesita hacer algo con ella que la trascienda. La filosofía, tal y como la dibuja Pinto, es una disciplina poco «escolar» (de ahí la irritación –¡universal!– de los filósofos con la pedagogía) y exige, para considerarse filósofo, algo más que competencia en aquello que puede enseñarse en el aula. Para buscar su público *en tanto que* filósofo, un agente tiene dos grandes opciones que tomar: dirigirse a los propios pares o a públicos más amplios y, producir para los grandes organismos educativos o para públicos intelectuales que trascienden la universidad: lo que produce cuatro posibilidades. La primera posibilidad es la de aquellos que organizan sus producciones según los problemas específicos del campo filosófico; la segunda, es la representada por aquellos que renuncia a encerrarse en una disciplina precisa. La tercera posibilidad, es la del cultivador de bienes culturales raros (figura típica de historiadores de la filosofía, máximamente competentes en sus dominios pero siempre amenazados por el estigma de ser *solo* historiadores) mientras que la cuarta es la de todos

aquellos que producen para un público de profanos con recursos exclusivos de la filosofía escolar (un cierto tipo de periodismo filosófico dirigido a profanos es un ejemplo).

La progresiva importancia del campo periodístico en la consagración de los filósofos ha producido una revalorización de los intermediarios culturales de los productos filosóficos (por tanto, de las opciones dos y cuatro). Como la filosofía solo existe en cuanto tal cuando no se deja encerrar en la opinión común ni en las ciencias que siempre son ingenuas (los aprendices de filósofos fueron entrenados para ello en la disertación), aquellos que se dirigen a los profanos necesitan reafirmarse, también, en tanto que filósofos. Las ciencias del hombre son el enemigo elegido para hacerlo (por reduccionistas y otros pecados adyacentes...) y para ello se alían con la opción número tres, la ortodoxia académica cuyos productos, siempre libres de pecados reduccionistas (les va el honor en ello...) intentan, sea expandir entre los profanos (así, Merleau-Ponty sirve así para analizar las elecciones corporales, Platón el equilibrio interno...), sea aplicar creativamente en los dominios híbridos (fenomenología para sociólogos, filosofía analítica para enseñantes, biopolítica para médicos, por ejemplo). Múltiples compensaciones (económicas, simbólicas...) animan esta salida fuera del círculo de pares que dejan progresivamente aislada a la posición número tres (aquella representada por los especialistas que discuten argumentativamente). Por razones ligadas al campo intelectual francés y a la perspectiva particular del mismo que tiene Louis Pinto, esa posición se atribuye, fundamentalmente, a la filosofía analítica en general y al filósofo mejor tratado en este libro en particular (Jacques Bouveresse). Cabría razonar de otra manera o reclasificar a los actores y las corrientes filosóficas porque, al fin y al cabo, la competencia en Wittgenstein o Carnap no define *per se*, más que la competencia en Adorno o Habermas (o en Brentano y Heidegger), la orientación hacia los propios pares y, por tanto, la discusión argumentada y racional. En este punto, la historia específica del campo intelectual francés pesa en el análisis de Pinto (no podía ser otra manera, por lo demás...) y leído desde otras configuraciones del campo filosófico (la española, por ejemplo, y la peculiar perspectiva que yo tengo de la misma) despierta cierta perplejidad: en éste cierta autonomización autorreferencial de la filosofía analítica (que produce, además de profesionales respetabilísimos, filósofos obsesivamente pendientes, hasta en su acento y su manera de vestir, de sus referentes angloamericanos) es uno de los símbolos máximos del ombliguismo escolástico y, en ciertas ocasiones, un camino para la inserción tecnocrática de la filosofía. Perspectiva esta que refuerza la lectura del trabajo de Martin Kusch<sup>5</sup> quien muestra cómo el desprecio a las ciencias sociales es mayúsculo en la tradición analítica frente a una tradición continental que, de Adorno a Foucault, ha dado razones para examinar sociológicamente la creación filosófica.

Cabe interrogarse, por lo demás, sobre las razones por las que la «hibridación de roles» en la filosofía adquiere la preponderancia que acertadamente diagnostica Louis Pinto. ¿Sólo por los crecientes efectos mediáticos en la consagración ilegítima de los intelectuales? ¿O también por la conciencia de que la filosofía, sin diálogo permanente con las ciencias y con los profanos, sólo puede articularse en contornos herméticos de cultivadores de un conjunto

---

5 *Psychologism. A Case Study in the Sociology of Philosophical Knowledge*, Londres, Routledge, 1995, pp. 22-23.

de autores sagrados? Círculos que acaban produciendo, como bien explica Louis Pinto, un campo filosófico cada vez más disperso y menos capaz de concentrar energías comunes en ciertos temas y de encontrar formas de comunicación entre las diversas *koinés* lingüísticas de cada uno de los reductos filosóficos. Por lo demás, ¿no es la intermediación entre diversas disciplinas la condición misma de las disciplinas sintéticas (historia, sociología...) según el modelo que practica Louis Pinto? La generación de productos híbridos, entonces, depende tanto de razones internas a la reflexividad filosófica (que los debates sobre la utilidad de la filosofía de Jürgen Habermas a Richard Rorty, de Manuel Sacristán a Michel Foucault pusieron de manifiesto en distintos espacios nacionales), como de los factores que se señalan en este magnífico libro.

